

LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

PRECIOS DE SUSCRICION			AÑO I.—NUM. X		PRECIOS DE SUSCRICION		
AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE	PROPIETARIO AURELIO ORDUÑA		AÑO	SEMESTRE	
Sevilla	48 reales.	26 reales.	Sevilla, 16 de Agosto de 1881.		Cuba y Puerto Rico	72 reales.	38 reales.
Fuera	52 id.	28 id.			Filipinas	80 id.	44 id.
Extranjero	62 id.	33 id.			Méjico y Rio de la Plata	80 id.	44 id.

REVISTA QUINCENAL

¡Quién me diera esas brisas deliciosas
Saturadas por algas y mariscos!
¡Quién me diera la arena de la playa
Y la marina soledad del risco!
La caseta póstica en que dejan
Sus ropas las belladas de verano;
Donde suele caer en el garlito
Hasta el dios del Amor, si se da un baño.
¡Ay, quién me diera, en fin, esas delicias
Que en Sevilla tenemos tan distantes!
¡Quién me prestara, en fin, para empaparlos,
Cuatro billetes de á tres mil reales!...

Con estos versos y aún con otros peores (porque se dan casos), debía comenzar, y comienzo, esta revista quincenal, que escribo sudando el quilo, sin K, en la calle Ballestilla n.º 3, principal, sin entresuelo.

Porque años calurosos los habrá, mejor dicho, los ha habido, porque ahí estuvieron los de 1793, 1822 y 1842, que no me dejarán mentir; pero tales, que se muera la gente convirtiéndose en piras de vesta ó en materias trabajadas al soplete, no me parece que han de hacer compañía al dichoso año de Bou-Amema, del cometa del rabo y de la dominación tupequina.

En vano los sabios le dan vueltas al pandero, como suele decirse, abriendo y cerrando libros de física. El calor central, harto de hallarse en conserva en el centro de nuestro globo, ha salido á dar un paseo por la superficie, dejando sin brasas á la gran olla del caos, donde, á juicio de los filósofos dinámicos, se cuecen las formas y los arquetipos.

Y lo más grave del caso es, que comienzan en esta semana los fuegos artificiales: es decir, las elecciones; cohetes y girándulas de carácter expansivo y contagioso, que nos han de hacer reventar, como si tomáramos dinamita por el nuevo método de medicina dosimétrica!

Nada, yo emigro, yo me lanzo; pero... ¡mio Dio! el pero en este caso son los billetes del último verso.

¡Un pícaro verso que me viene corto!

* *

¿Qué pasa en Sevilla?

Pues, en Sevilla no pasa nada, ni el viento.

Los salones están cerrados, las fiestas de la *Hig-Life*, de que acostumbramos dar cuenta, han pasado á otras favorecidas regiones. Biarritz, Vigo, San Juan de Luz, Cádiz y los Puertos, nos han robado nuestra exigua colonia aristocrática, y todo languidece y se duerme en torno nuestro.

Un solo teatro está abierto, y eso que no se han quemado ni el Duque, ni Cervantes, ni San Fernando. Ruiz y compañía siguen regalándonos en Eslava su repertorio de verano, y sólo los días festivos, cuando el pueblo se divierte, véñse llenas las sillas desvencijadas de aquellos bonitos jardines.

En la Plaza Nueva, los trompetazos continúan; las sillas de hierro, como un ejército inmóvil, esperan inútilmente las pingües ganancias para su propietario, y los puestos de chufas al aire libre se ven asediados por los sedientos, que forman grupos apre-

tados y misteriosos alrededor de los pequeños veladores de hierro.

Parece que los que no han emigrado, como yo, esconden el rostro y se avergüenzan de hallarse aquí. ¡Flaquezas humanas!
¡Somos tan *frigilis!*

* *

Pero ¡qué caro está todo!...

Hasta el agua está por las nubes. Lo mismo en la Florida, que en la elegante Fonda de Madrid, se desesperan los desheredados por una tina.

bemos quejarnos. En este punto hay cosas verdaderamente anecdóticas por esos mundos de Dios, y buena prueba de ello es lo siguiente que acabo de leer en un periódico del país de Alejandro Dumas:

«Hoy, dice, un melocoton mediano vale á precio corriente 20 céntimos, uno bueno 30, uno excelente 40, bastante caro como se ve.

Sin embargo, no pagó á estos precios un par de ellos, nó el más ilustre, pero sí el más magnífico de nuestros banqueros. Ténia que obsequiar á dos de las más lindas actrices, y entró en una tienda de frutas tempranas.

—¿Cuánto valen estos tres melocotones?

—Trescientos francos, señor Baron. Observad que son de un tamaño fenomenal.

—¡Oh! ¡Si estuviese seguro de que fuesen buenos!

—Garantizo que son exquisitos. ¿Queréis probarlos? Y diciendo y haciendo tomó un cuchillo de hoja de plata, coloca uno de los tres melocotones en un plato, lo corta en dos partes, y ofreciendo una al banquero se come él la otra.

—¿Qué os parece?

—Delicioso. Envolvedme el par.

Y el baron puso un billete de 200 francos sobre el mostrador.

—Perdon; cuestan 400 francos,—dijo el industrial sin pestañear.

—¡Cómo! ¿Pues no eran 300 francos cuando habia tres melocotones?

—Ciertamente; pero estos melocotones son ahora más raros que ántes. Si nos comiésemos otro, el restante, que sería unico en su clase, valdria 1,000 francos.»

Creo que en Sevilla se comen los melocotones más baratos.

Cuando los hay.

* *

El ingenio humano es incansable. Se acaba de aplicar la electricidad á la pena de muerte, convirtiendo al Juez en verdugo; está caliente, como quien dice, la aplicación del micrófono al interrogatorio de los criminales, y el día ménos pensado se resolverá el problema de alimentarse con aire de jamon comprimido.

Entre las conquistas últimas de la industria se cita la de unos fósforos compuestos de hipofosfito de plomo y clorato de potasa, mezclados con sulfuro de antimonio, azufre, nitro, peróxido de plomo, vidrio molido y cola, con los cuales, según afirma su notabilísimo autor, «se evitarán los incendios.»

Estos inventores son terribles. Si se encienden, claro es que con un solo fósforo basta para incendiar el mundo; y si no se encienden, no creo que sirvan para maldita la cosa.

Hé aquí que resucita el misterio de la invencion de la celebrada carabina de Ambrosio.

Si en vez de fósforos, hubiese inventado el referido químico piedras de chispa, esto hubiese complementado á aquello.

EL DÓMINE LÚCAS.



«UNA CALLE DE PADRON.»

Dibujo de D. Emilio Sanchez Perrier.—Copia de D. Baldomero Tovar.

En el primer punto hubo el otro día la de Dios es Cristo, y en el segundo no se encuentra un abono para un remedio.

¡Y luego quiere desaguarnos el Sr. Talavera! No andan los artículos de consumo más abundantes.

Hasta la carne de *buey* está por las nubes, y eso que todos los domingos tenemos su correspondiente fiesta taurina.

Sin embargo, achaque es la carestía de que no de-

RELACIONES

ENTRE EL TEATRO CLÁSICO Y EL ROMÁNTICO

(Continuacion.)

Sófocles se aleja algo más de éstas formas épicas de la tragedia de Esquilo, de aquel simbolismo vago y elevado que contribuía á mantener el uso de la misma máscara para diferentes personajes, y el carácter sobrenatural, por así llamarlo, de los personajes levantados por el coturno á la estatura de los dioses. Amenguando el lirismo de Esquilo, ya los personajes hablan en armonía con el carácter y situación que representan. El himno dialogado se condensa más y más en acción progresiva y combinada, en las formas que, mantenidas y perfeccionadas por Eurípides, constituyen más tarde las reglas del género dramático. Sin la apasionada fantasía de Eurípides, ni el lirismo épico de Esquilo, Sófocles, en frase de un crítico de nuestro tiempo, es, en su exposición dramático-poética, un lago limpio y profundo, donde las nubes se reflejan, donde la ola canta con una regularidad melodiosa. No ofrece, añade el mismo escritor, ninguna cualidad particular y brillante; su superioridad la constituye cierta sublimidad suave y temperada y un conjunto armónico cuyo efecto es inexplicable, pero ineludible.

Constituye el patético de sus dramas la fatalidad, más acentuada que en los dramas trágicos griegos, aunque está creencia sea la casi exclusiva inspiración de la tragedia griega. Sófocles, dice Schlegel, nos invita al recogimiento y á la contemplación, y nos presenta una imagen desoladora de la vida humana, dirigiendo nuestro pensamiento hácia el misterio, impenetrable siempre, de nuestro destino. Sin embargo, en estas formas dulces y serenas se desliza el descreimiento, que Eschilo deja vislumbrar, unido á un pesimismo que claramente deja entender estos conceptos de su *Edipo en Colona*: «Lo mejor es no nacer; pero, una vez nacido, el segundo grado de ventura es volver á entrar rápidamente en el no ser.» Bien claramente dejan conocer además, algunos de los conceptos deslizados en sus tragedias, la protesta contra la servidumbre moral que el fatalismo impone, devolviendo, en *Edipo*, á los dioses la responsabilidad de los crímenes, que no podían preverse ni evitarse.

Esta crisis religiosa y moral se extrema cada vez más y más entre los atenienses, y Eurípides brilla en períodos próximos á los de la muerte de Sócrates, en que ya se desmoronan los sillares de la vieja Teología pagana, en frase de un crítico francés, y en que, como anticipada aurora, se refleja ya en los espíritus elegidos algo del sol del Evangelio. Eurípides hace decir ya á Teseo en su *Hércules furioso*: «Estos dioses han contraído uniones que reprobaban todas las leyes.» En sus *Troyanas*, á Hecuba: «Las pasiones impuras de los mortales son la Venus que adoran.» En su *Yon*: «¿Es justo acusar á los hombres si imitan los vicios de los dioses?» Pero el excepticismo religioso de Eurípides, que toma en su drama satírico formas de ironía volteriana, cuando llama *inútiles cuidados* los altares levantados á los dioses, no impide á éste ser el más tierno y delicado de todos los trágicos griegos, revelando una finura y delicadeza de sentimientos sin rival, aún en tiempos mucho más adelantados y cultos. Su odio irconciliable á la guerra, su sentido delicado casi cristiano de humanidad, le hace presentar odiosos á sus compatriotas, como en Hecuba y las troyanas, aún apesar de ser el más patriótico y ateniense de todos los genios del Ática; y estas mismas condiciones dan á sus tragedias un carácter filosófico y de levantado interés, apesar de la monstruosidad de algunos de sus personajes. Estas indicaciones rápidas sobre los grandes trágicos griegos, y los datos, de todos conocidos, sobre la intervención del coro durante toda la representación trágica, y su alta significación moral y poética ó simbólica nos pueden dar una idea todo lo extensa que permiten las condiciones de este trabajo, del contenido moral y filosófico del teatro trágico griego, y, por tanto, de los elementos artísticos, sus necesarios é inmediatos reveladores.

Veamos ahora los antecedentes y elementos del que antonomásticamente se ha dado en llamar drama romántico. Si al teatro trágico griego le ha precedido la epopeya de Homero, y al gran teatro español los elementos épicos que ya ántes hemos señalado, son elementos de resistencia y rebeldía,

de excepticismo y soberbia, los que, condensados ó encarnados más tarde en los personajes del *Fausto* y el *Don Juan* de los más grandes poetas de nuestro siglo, determinan poemas de un género excepcional, de fondo excéptico y descorazonador, y con él los más abundantes veneros de inspiración dramática, en el teatro de los Hugos, de los Dumas y sus imitadores. Con efecto, estos dos tipos de *Fausto* y de *Don Juan*, que la Edad Media habia creado, que habian recorrido todas las literaturas y dado origen, con nombres variados, á tantas producciones, algunas verdaderamente geniales, vienen en manos de Goethe y de Byron á condensar todo el excepticismo y descreimiento de los últimos siglos, unidos á ciertas débiles aspiraciones á la fe y la benevolencia humanas, como si el golpe dado al dogmatismo filosófico, y la inseguridad y consiguiente excepticismo que Kant queria denunciar en lo fundamental del conocimiento humano, trascendiera al orden social y moral en estos grandes hombres y en los diferentes géneros literarios informados de su mismo espíritu. La esceptica, desdeñosa carcajada de *Mefistófeles*, llevada en el *Fausto* de Goethe á la ciencia como á la belleza, como á la virtud misma, pretende denunciar ó señalar la vanidad de todo esfuerzo humano, reduciendo á la humanidad á la triste y miserable condicion de ser siempre engañada ó engañadora, déspota ó sierva, no dejándole por todo refugio, en frase de Cantú, sino el desencanto ó la desesperación, la humillación ó el vilipendio.

Á su vez, el *Don Juan* del vate inglés viene á hacer una fría disección de la sociedad, pretendiendo hallar en todas partes y en todos los órdenes la hipocresía, así en religion como en política, como en las mismas regiones de la poesía, oscureciendo los bellos rasgos de amor y respeto entre los hombres, que consagran y elevan los lazos sociales. Pero para ámbos, sobre las débiles llamaradas que alguna vez iluminan sus cuadros sombríos, prevalece, en sentir de aquel gran historiador, un espíritu de orgullo, de rebelión, de ironía, de negación y guerra contra toda superioridad. Habia algo, dice el mismo Cantú, habia algo de soberbia de ángel caído, singularmente en Byron, de lucha de deseos con la hartura de los sentidos; de extravagantes antojos, fuera de la natural posibilidad; de supremo desden por cuanto constituye la esfera de las comunes y regulares aspiraciones de la vida; y como el hombre genial que guía á los demás, influye, no sólo en su genio, sino hasta en sus extravagancias y caprichos, la moda impuso los personajes y trajes, pasiones y deseos de aquellas obras y la exageración literaria de los sentimientos, cuando más se debilitaba en sociedad, produciéndose, por esta razón, aquellas almas convulsivas y atrabiliarias que se creen elegidas porque no tienen la fuerza de las vulgares, cuya tranquila sencillez desprecian y envían al par, con goces y pesares distintos de los comunes, que prefieren agitarse y no obrar, señalando, como supremo grado de heroísmo, la cobardía del suicidio.

No hay duda que estos elementos que las novelas y obras literarias que inmediatamente les siguen, suavizan ó exageran, según los diferentes autores y pueblos, suministran lo que hay de fundamental y propio en el género dramático que comparamos.

No puede negarse que, aún en las formas en que se nos presenta el teatro francés de los Dumas y Hugos, aún en la indisputable inmoralidad que encierra, el lirismo de Víctor Hugo en sus pompas escénicas, en las situaciones terribles que encierra, produce en los espectadores vivos sacudimientos, impresiones hondas, exaltación vertiginosa, que se traduce en verdadero frenesí y que explica, habida consideración á las ideas dominantes en los últimos tiempos, la aceptación entusiasta de este género y el aplauso con que fueron recibidas.

(Continuará.)

ELOY GARCÍA VALERO.

EDUCACION DE LA MUJER

Memoria que alcanzó primer premio en el Certamen verificado con motivo del Centenario en la Escuela Normal de Maestras.

(CONCLUSION.)

IV

Largo tiempo de luchas ha trascurrido ántes de conseguir que se ofrezca á la mujer la instrucción que necesita. Se juzgaba que este beneficio

habia de serle perjudicial y no se comprendían los males de la ignorancia en que se la dejaba; pero no se crea que aún cuando hoy se conocen las ventajas de la educación, pueda ésta propagarse sin hartos trabajos y sacrificios. ¡Cuánta fuerza de voluntad hace falta para sostener esos grandiosos centros de enseñanza gratuita, donde sólo con el anhelo del bien á la gran familia de la humanidad se cultivan tantas jóvenes inteligencias! Si comprendiésemos bien su valor, dedicaríamos con frecuencia recuerdos de gratitud á los modestos seres que, dedicados á tan penosa tarea, luchan con los resabios de una niñez casi siempre descuidada y procuran á toda costa inculcarle sanos principios y útiles conocimientos.

Se ha dicho muchas veces que la inteligencia de la mujer no abarca tanto como la del hombre, y la historia de los genios que han brillado en los más árdulos estudios refuta victoriosamente esta opinión. Los nombres de Santa Teresa de Jesús, humanista célebre y doctora admirable; Sor Juana Inés de la Cruz, insigne poetisa, apellidada la *Décima Musa*; Ana de Castro Egas, Mencía de Mendoza y Cristobalina de Alarcón, así como los de otras mil que alcanzaron gloria imperecedera en las letras y en aulas y academias, dieron brillantes muestras de su erudición y saber, son orgullo legítimo de la patria en que nacieron. No podemos, al consignar estos ligeros apuntes, olvidar á Juana Morella, natural de Barcelona, que después de riguroso exámen fué declarada teóloga y jurista á los diez y siete años, ni á la ilustre hija de los Condes de Oñate, D.^a María Isidra de Guzmán y La Cerda, que á la misma edad, y previos los ejercicios correspondientes, recibió solemnemente la investidura del doctorado en la Universidad de Alcalá, el 6 de Junio de 1785.

La pintura y escultura tienen también sus glorias para probar que en las artes, como en las letras, puede llegar la mujer á muy elevados puestos. María Tintorella, cuyos cuadros están á la altura de los del Ticiano; Luisa Roldán, que en sus imágenes compite con los más afumados maestros. El grabado eternizará el nombre de Eugenia Beer; la música el de María Bigot. Como se ve, las ciencias, la literatura y las artes tienen digna representación en el sexo débil, y, lo que es más notable, en épocas en que el deseo de instruirse era tan difícil de realizar. Esperemos hoy que, vencidas rancias dificultades, se ofrecen por doquiera á la mujer los medios de ilustrarse, que los aproveche en beneficio de las generaciones que han de sucedernos.

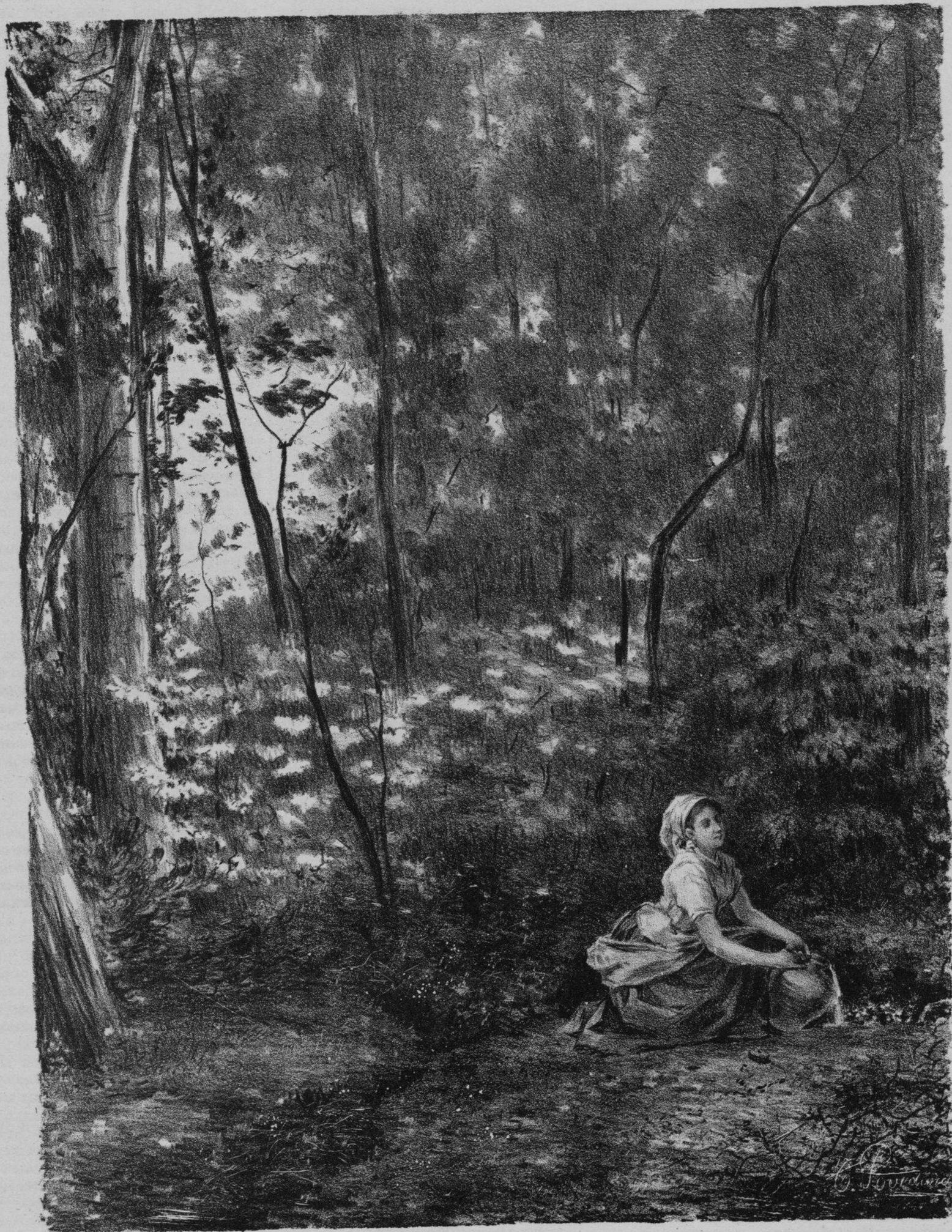
Aprenda cuanto esté á su alcance para distraer sus ocios, para embellecer su hogar; aprenda sin darse jamás por satisfecha; los estudios pueden proporcionarle honesto recreo, los ramos de adorno constituyen muchas veces preciosos recursos en las vicisitudes de la vida.

V

Como después de los tiempos en que la mujer no era nada en el hogar ni la familia, ha sido sucesivamente considerada de tan diversas maneras, hemos alcanzado otros en que por sobra de interés se falsea su verdadera posición: algunos espíritus extraviados les hablan de emancipación absoluta, de derechos políticos, de rehabilitación social, y esto es sacudir los cimientos del hogar doméstico, hacerla un ser indefinible, sin la energía del hombre y con sus ambiciones y delirios; ser ridículo, por no decir odioso, y que llegaría á formar un conjunto despreciable.

Pero lo más triste de esto es que algunas imaginaciones harto débiles se dejan llevar por tan extravagantes teorías; creen de buena fe que la mujer está llamada á ser con el tiempo política, diplomática y estadista, y, como resultado de tales principios, dan á veces el espectáculo de borrascosas sesiones, que no sólo divierten á los que las presencian, sino que recrean con su relato al mundo entero. Apartar y distraer á la mujer de la familia, es privarla de su único y verdadero centro; hacerle perder la modestia, quitarle el mayor de sus atractivos. No es en la tribuna donde está llamada á trabajar por sus derechos; cumpliendo sus deberes educará bien á los que sabrán defenderlos mejor que pudiera hacerlo ella misma.

Uno de los principales méritos que la verdadera instrucción ha de dar, consiste en hacer modes-



«LOS ALFILERES (CERCANÍAS DE CAMAS), AL AMANECER.»
(Dedicado por su autor al Sr. D. José M. Asensio y Toledo.)

ra y afable en su trato á la que posea sus beneficios. Tan léjos de la ignorancia como de la suficiencia, debe mostrarse más bien dudosa, aunque tenga seguridad de lo que dice, que afirmar con petulancia, sin olvidar, para que su lenguaje sea perfectamente sencillo, que á través de los siglos han llegado á nosotros, para satirizarlas rudamente, las sábias disertaciones de la erudita Irene de Bizancio á su padre Teodorós, que hacen exclamar á uno de sus críticos: «Si las beldades bizantinas solían emplear esta elocuencia en la vida privada, no podemos ménos de compadecer á sus padres, hijos y esposos.»

VI

Bueno es, y de gran utilidad, que la mujer halle especial gusto en cultivar su inteligencia con serios estudios, y recrear su ánimo con las bellezas del arte; pero no lo es ménos, que al mismo tiempo se distinga por su aplicacion y habilidad en las labores propias del sexo. Sirva de ejemplo la egregia Reina de Castilla, Isabel la Católica, que sencillamente se alababa de que jamás su esposo se hubiese puesto camisa que ella no hubiese hilado y cosido. Es un error creer que la costura, el bordado y todas estas clases de trabajos se opongán á los del espíritu, y hasta deplorable que por éstos se abandonen aquéllos.

Mucho nos complace ver esas Exposiciones, algunas recientemente creadas para ofrecer un incentivo á la aplicacion, concediendo premios á las labores que más se distinguen, ya por la delicadeza y paciencia de su ejecucion, ya por las artísticas combinaciones que presentan. ¡Lástima que las muchas dificultades que se ofrecen á la realizacion de pensamientos tan beneficiosos, hagan que no sean todo lo frecuentes que pudiéramos desear; y, al recordarlas con entusiasmo, dediquemos un voto de gracias á los que han sabido promoverlos y trabajar sin cesar por elevarlos á la mayor altura posible.

VII

¡Cuántas veces hemos oído con profundo sentimiento á mujeres que reunían todas las condiciones para ser felices, si se han creído algo instruidas, suspirar por las franquicias y privilegios del sexo fuerte, manifestarse disgustadas con todo lo que al suyo pertenece, y hasta acariciar el ideal de sacudir un día los yugos que impone! ¿Puede llamarse talento el que impulsa á tales extravagancias? ¿Se ha de hacer de la educacion un peligro y nó una ventaja? ¡Oh, nó! Sepan de una vez, que todos los aplausos, glorias, adulaciones y delirios del mundo, no valen lo que una hora de reposo en el seno de una familia querida, y la paz de una conciencia libre de toda mancha. Además, ¿por qué ese afán insensato en igualar al hombre en sus aspiraciones? ¿No se ve en la humanidad tan equitativamente repartida la tarea de la vida, que ámbos sexos participan de sus molestias y privilegios? La misma gloria que pudiera creerse patrimonio exclusivo de la energía del hombre, tiene en la historia célebres heroínas en todas las épocas. Los libros santos presentan en Judith lo que puede hacer el amor por la libertad de la patria; en Ester la influencia de la bondad para la salvacion de un pueblo; Débora es modelo de sábias gobernantes; Abigail de fortaleza; la viuda de Nain de caridad. Francia escribe en letras de oro el nombre de Juana de Arco; España el de sus heroínas de Zaragoza y la Coruña. La Edad Media canta con las liras de sus trovadores y maestros de la gaya ciencia las virtudes de sus castellanas; la mujer reina en las almas, en los torneos y en las Cortes de amor. Los caballeros acometen empresas de gigantes, llevando por mote «Dios y mi dama.» ¿Qué más noble trofeo se puede ambicionar que ser la inspiracion de las más hermosas obras del genio? Los cantos de Petrarca han hecho inmortal á Laura; los del Dante, á Beatriz; los del Tasso, á Leonor. El viajero contempla extasiado las *madonnas* donde Rafael idealizó los encantos de la Fornarina. ¿Á qué anhelar imposibles cuando tantos motivos hay para sentirse halagada y feliz?

Permitásenos concluir con una reflexion que no está fuera de lugar en la época que atravesamos: la lectura suele ser uno de los mayores enemigos de la niñez y de la juventud, pues en vez de libros serios y útiles, propios para formar el corazón

y la inteligencia, corren de mano en mano inmorales novelas, cuyas exageradas y romancescas aventuras siembran fácilmente la semilla de graves disgustos en la paz de las familias. Si las madres han de comprender el daño que tales obras pueden causar á sus hijos, preciso es que estén convenientemente ilustradas y sepan distinguir el bien del mal, lo que no es tan fácil como pudiera creerse. Lógrese que adquieran este conocimiento y se habrá quitado uno de los más graves riesgos á la inocencia.

¡Sabios estadistas, ingenios brillantes, profesoras que consagrais vuestra vida á la educacion, seguid difundiendo esta luz bienhechora, y los que sentimos latir el corazón de entusiasmo y alegría al contemplar el fruto de vuestros desvelos, procuraremos ayudaros segun alcancen nuestras fuerzas! ¡Ojalá que la ilustracion de la mujer llegue á tomar el desarrollo á que está llamada, y procure largos días de gloria á la patria que proteja sus adelantos.

ISABEL CHEIX.

Sevilla, Mayo, 1881.

LA EMPRESA

Ad majora natus sum.

En los memorables tiempos
De aquella raza africana
De Abencerrajes, Gomeles,
Zegrís y Azarques de Ocaña,
Que poblaron con sus grandes
Hechos la oriental Granada,
Las rejas con sus amores,
Con sus delicias la Alhambra,
Cuentan de un valiente moro
Que Muza nombra la fama,
Y siempre á su brazo uncía
La victoria en las batallas.
Premio de su esfuerzo y brio
Había de ser Zoraida,
Mora en cuyos ojos arde
Una hoguera de esperanzas.
La gallarda y bella mora,
Altiva, aunque enamorada,
Siempre va aplazando el premio
De Muza hasta nueva hazaña;
Y enardecido el amante,
Codicioso de las gracias
De la mora, que quisiera
Poseer con la mirada,
Que es el íman de su gusto
Y el ideal de su alma,
No ceja pié de terreno
Para rendir á su ingrata.
Sabe la discreta noche
Cuántas veces reclinada
De Muza en los fuertes brazos
Ha suspirado Zoraida:
Sabe bien aquel jardín
Cercano de Bib-Arrambla,
Cuántas la invencible mora,
Aplazando el premio ufana,
Ha huido, pero dejando,
De su boca perfumada,
Entre los labios de Muza
Un largo beso de llamas.
Dicen moros envidiosos
Que á Muza no ama Zoraida,
Y que él, vencido, establece
Entre ámbos tiempo y distancia;
Mas es lo cierto que el moro,
Ganoso de más hazañas
Que hasta su ideal lo acerquen,
Escribe sobre su adarga
Esta empresa, en plata y oro:
«Acabaré de acaballas» (1).

¡Cuánto me place la historia
De Muza el moro y Zoraida!
No hay nada de antiguas gentes
Que no deje una enseñanza.
Como el granadino moro,
Yo también tengo una dama
Que es ideal que persigo,
Y tan bella como ingrata:
Desde uno en otro combate
El tardo premio me aplaza,
Y en el templo de sus glorias
Tenaz me niega la entrada:
Ganoso de poseerla
Yo no cejo en la batalla,
Y en ella mi gloria cifro
Más grande, cuanto lejana.
Tú sabes, virgen poesía,
Ideal de tantas almas,
Que alguna vez en mi oído
Suspiraste cual Zoraida:
Que á veces me concediste
Tus largos besos de llamas,
Como aquellos del jardín
Cercano de Bib-Arrambla.
Y aunque oíste del poeta
Murmurar, desde mi España;

(1) Del Romancero.

«Alguna victoria obtuvo,
Más le desdena su dama,
Y el brillo ya lo oscurece
De mejor templadas armas,»
Ó que dijeron más tarde
«Que haya interpuesto ¡qué lástima!
Dilatados mares, entre
Su inspiracion y su patria,
¡Ay! que en América el genio
Ó se adormece ó se apaga,»
Tú sabes que, como el héroe
De nuestra oriental Granada,
Ese ideal persiguiendo
Que se compra con hazañas,
Aquella sublime empresa
Escrita llevo en mi alma,
Que dice en letras de fuego:
«¡Acabaré de acaballas!»

CÁRLOS PEÑARANDA.

SÍSIFO

(HISTORIA VULGAR)

(Conclusion.)

V

Mucho tardó Blas en resignarse á ver sus esperanzas defraudadas é infructuosas sus fatigas de siete años; pero el tiempo, que nunca pasa en balde, es un lenitivo para todas las penas, y Blas olvidó la ingratitud con que le había pagado su patria y comenzó á trabajar de nuevo, con ardor incansable, en la obra, dos veces destruida, de su felicidad.

Y á fe que por esta vez no podía comenzarla con mejores auspicios. Entró á servir á un rico marqués que, cansado de la vida cortesana, había tomado vecindad y hacienda en la modesta villa, y tal y tan buen manejo se dió Blas, y tanto se interesó por los bienes de su amo, que á los dos años era ya su hombre de confianza.

Por otra parte, Blas no había amado todavía con ese amor dulcísimo que es fuente de delicias inefables y origen, al par, de la familia, y ese amor llamó, no en vano, á su virgen corazón, dormido hasta entónces para ese tierno sentimiento.

Amó y fué correspondido. Juana, una graciosa jóven, doncella de la marquesa, fué el objeto del amor de Blas, quien acostumbrado á no experimentar otras emociones que las que son hijas de la desgracia, abría ahora su alma, con nunca sentido bienestar, al suavísimo calor que la inundaba, como abren sus pétalos las flores para recibir los besos de las auras primaverales.

En secreto se amaban Juana y Blas; que nada hay que agrade tanto á los que aman como el misterio, y por eso la noche es la confidente de los enamorados. Pero Blas era de suyo vehemente; tenía veintisiete años, quería hacer su esposa á Juana cuanto ántes mejor; la proteccion del marqués le aseguraba un porvenir modesto, pero tranquilo y desahogado, y tras una larguísima entrevista, que para los amantes pasó como un soplo, resolvieron confesar su amor á sus señores y pedirles la vénia para contraer el anhelado matrimonio.

Tan faustos sucesos hacían creer á Blas que la felicidad no era un imposible para él; que había logrado clavar la voltaria rueda de la fortuna; veía, en fin, tan cerca, tan á su alcance, la completa satisfaccion de sus aspiraciones, que no imaginaba que sus risueñas esperanzas pudieran dejar de convertirse en hermosas realidades. ¡Embebido en sus fantásticos sueños, no pensaba que el cielo parece unirse con la tierra en el cercano horizonte, pero que si corremos y corremos para tocar el cielo, éste huye y huye eternamente delante de nosotros, sin dejarse alcanzar jamás!

Era el marqués uno de esos hombres adulados por la fortuna, que creen que cuanto les rodea debe obedecer automáticamente sus caprichos, y esta circunstancia, ó la de que acaso el buen señor tenía cierta especie de miras acerca de la muchacha, hizo que, al escuchar á Blas la confesion de sus amores, frunciere el ceño y dijese con mal simulada jovialidad: —¡Hola! ¡Conque había secretitos en mi casa, y nada sabía yo! Pues bien, Blas, yo no me opongo á que te cases con Juana, si tal es tu gusto; pero no me conviene tener á mi lado á servidores tan reservados como vosotros, y os despido desde ahora.

Y añadió, tomando violentamente otra postura en el sillón que ocupaba, y soltando las riendas á su reprimido enojo:

—¡Esta genticilla, nacida del polvo de la tierra, piensa que puede enamorarse sin contar con el permiso de sus señores!

Suplicó Blas, pero sus súplicas sólo sirvieron para aumentar el enfado del marqués, y cuando fué á contar á Juana el desconsolador resultado de sus gestiones, Blas inclinó la cabeza sobre el pecho para ocultar sus lágrimas.

—Y bien,—dijo al fin en un arranque de amoroso entusiasmo:—si nos amamos, si este amor constituye nuestra felicidad, ¿qué puede bastar á arrancarlo de nuestros corazones? Si estás dispuesta á compartir mis alegrías y mis pesares, salgamos de esta casa, en donde se nos niega un derecho que nace con todos los seres sensibles: el dulce derecho de amar. Yo volveré á ocuparme en las faenas del campo; trabajando para tí, el trabajo más rudo me parecerá blando y agradable, y al pensar en tu amor, que todo lo sacrifica por el mío, el sudor de mi fatiga fecundará la tierra, mezclado con las lágrimas de mi ternura.

—¡Qué bueno eres!—exclamó conmovida la jóven, por toda contestacion.

Pocos días despues, el párroco bendecía la union de Blas y Juana; aquella union que se realizaba á costa del pan de los dos.

Durante la solemne aunque modesta ceremonia, Blas lloraba y sonreía al mismo tiempo: le hacían llorar sus recuerdos; le hacían sonreír sus esperanzas.

VI

—¡Ahora sí que he conseguido la felicidad!—pensaba Blas una tarde, ocho años despues, mientras, con la azada al hombro, se dirigía hácia su modesta casita.—Verdad es que no soy rico, que no poseo más que lo que gano con el sudor de mi frente; pero ¿acaso es el dinero el padre de la dicha? ¿Cuántos millonarios darian de buena gana todas sus riquezas, por tener una compañera tan fiel y amorosa como la mía y dos niños tan hermosos como los que la Providencia me ha dado en recompensa de mis afanes! ¡Y yo que habia creído que era imposible alcanzar una dicha duradera y estable; y hasta habia llegado á dudar de la bondad divina! Dios ha querido darme una dulce leccion, y, por todo castigo por mis malos pensamientos, me ha impuesto la penitencia de ser feliz, ¡Penitencia agradabilísima, bastante por sí sola á hacerme arrepentir de mi pecado! Llegaré á mi casa; mis hijos, que, como todas las tardes, me estarán esperando á la puerta, gritarán al verme, corriendo hácia mí con los bracitos abiertos: «¡Ya viene papá!» Mi mujer, en tanto, cubrirá la mesa con un mantel remendado, pero blanco como la nieve, y apartará del rescoldo de la chimenea una comida pobre, pero sabrosa, porque la paz, el amor y la alegría se sientan á la mesa con nosotros. ¡Oh, cuánto quiero á mi mujer y á mis hijos!

Y en estas dulces imaginaciones, el bueno de Blas andaba y andaba, deseoso de llegar al pueblo.

Llegó por fin; pero, con gran sorpresa suya, sus hijos no le esperaban en la calle. Presa de cruel incertidumbre, entró en su casa, y la halló desierta como un nido abandonado.

—¡Juana!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y á este grito sólo respondieron, de lejos, los sollozos de los niños.

—¡Juana!—volvió á gritar con voz que debilitaba el terror de que se hallaba poseído, y estremecido ante los negros presentimientos que cruzaban por su imaginacion.

Y Pedro, el mayor de los niños, dijo desde el fondo de una habitacion, cuya puerta estaba cerrada:

—Aquí estamos. Mamá nos ha pegado mucho y nos ha encerrado aquí, para irse con un hombre que vino en un caballo.

—Hijo, ¿qué dices?—balbuceó Blas en el colmo de la angustia, y mientras se abalanzaba á abrirla puerta.

—Sí, papá,—añadió la niña llorando.—Y se ha llevado la ropa y el dinero que tú le ibas á dar al mayordomo del señor marqués.

—¡Dios mío, perdonadme!—murmuró Blas con la expresion de un demente y corriendo á tomar, del rincón en que estaba, la enmohecida escopeta, resuelto á poner fin de una vez á sus desventuras. Y ya la tenía entre las manos, ya iba á consumir el crimen, cuando los niños se abrazaron fuertemente á sus rodillas y Pedro le gritó con acento sobrenatural:

—¡Padre...! ¿Qué vas á hacer? ¿Quién dará de comer á tus pobrecitos niños...?

—¡Hijos de mi alma!—exclamó Blas, instantáneamente arrepentido de su criminal determinacion y arrojando horrorizado la escopeta.

Y estrechándolos amorosamente contra su pecho, cubrió de besos sus hermosas cabecitas y estalló su dolor en un copiosísimo llanto.

VII

¿Cómo aquella mujer que, ocho años ántes, lo habia sacrificado todo por el amor de Blas, habia ahora podido olvidarse de él, de sus hijos, de su honor, de todos sus deberes, hasta el punto de obrar tan villanamente?

¡Quién sabe! El corazón de la mujer es un abismo en cuyas lóbregas profundidades no es dado á nadie penetrar. Síntesis de todo lo bueno y de todo lo malo, inconcebible amalgama de todo lo noble y de todo lo abyecto, vasija en cuyo fondo se contienen y se mezclan el bálsamo de la virtud y el cieno del vicio, la mujer tiene algo de Dios y no poco de Satanás. No es, pues, extraño ver que las alas de ángel de la

mujer más ideal desaparecen de un instante á otro, para convertirse en el rabo de un diablo.

Pero vuelvo á la historia.

Inconsolable estuvo Blas por mucho tiempo; buscó inútilmente á su mujer con ánsia de vengar su deshonra; mas al cabo, refundió todos sus sentimientos en el amor de sus dos hijos, de aquellos dos seres inocentes, de quienes era el único apoyo en el mundo. Comprendió que enteramente se debía á ellos; que el abandono en que les habia dejado su descastada madre venía á añadir á sus deberes los que ella habia dejado de cumplir; recordó las privaciones que por él, siendo niño, se habia impuesto su anciano padre; miró en ellas un santo ejemplo digno de ser fielmente imitado, y, como resultado de estos pensamientos, trabajó con alma y vida por sus dos hijos, repitiendo en lo profundo de su corazón:

—Yo fui el báculo de la vejez de mi buen padre: sea yo tan bueno como fué él, y estos niños serán el sosten de la mia.

Y trabajaba con ardor incansable, con un ardor tal, que se iban amenguando sus fuerzas de día en día, tanto, que ya á veces no encontraba trabajo; y, cuando esto no sucedía, le daban un salario mezquino, incapaz por sí solo para cubrir sus modestas atenciones.

Pero su hijo, que ya contaba diez y nueve años, era bueno y trabajador y fuerte, y al contemplar el tío Blas sus desvelos, y al recibir de su mano, al fin de cada semana, el jornal íntegro de los seis días de trabajo, sollozaba de ternura y se decía:

—¡Ya conseguí toda la dicha que me era dado ahellar!

Y olvidaba de buen grado todas sus pasadas amarguras, y no se ocupaba de pensar en el porvenir, para mejor saborear su felicidad del presente.

Pero ¿qué dicha es duradera? ¿Cuándo las sombras de la noche no siguen á la alegre luz del día?

Pedro cumplió veinte años y la patria se apresuró á arrancarle del lado de su padre, que aún no habia cumplido la edad que, para librarle por ella, exigía la ley. Ésta, implícitamente, condenaba al pobre viejo á morir de hambre.

¿Qué podía importar á la ley esta insignificante desgracia?

¡Las leyes están hechas por hombres que jamás conocieron los horrores de la miseria!

VIII

Pidió trabajo el viejo y no se lo dieron. Habia servido á la seguridad de la patria, defendiéndola contra bastardas aspiraciones; habia servido á la riqueza pública, haciendo productiva la tierra, ayudando á Dios en la tarea bienhechora de convertir el grano en espiga; sin embargo, todavía no habia adquirido el derecho á comer. Hubiera vagado durante algunos años por las oficinas del Estado, hubiera perjudicado á la nacion desempeñando algun alto destino y entonces tendria derecho á seguir mermando sus intereses con una jubilacion ó una cesantía.

En estas reflexiones y en otras parecidas abismábase á veces el bueno de Blas, compartiendo el tiempo entre ellas y los pesares que le ocasionaba la forzosa ausencia de su hijo, cuyo recuerdo le servía á la vez de consuelo y de pesar.

Sin embargo, no estaba aún completamente solo: le quedaba su hija, hermosa muchacha de diez y ocho años, que amaba á su padre con delirio y que, viéndole en la mayor miseria, entró á servir á una familia rica, consiguiendo de ella que el anciano habitase un zaquizamí en la misma casa.

En él vivió más de tres años el pobre Blas, entregado á sus melancólicos pensamientos. Todas las mañanas, el sol, ese gran símbolo de la caridad, enviaba al anciano un rayo de su primera luz, que penetraba por la pequeña ventana de su desmantelada habitacion; despues, iba á darle los buenos días su cariñosa hija: otro sol, que inundaba en la purísima luz del consuelo el alma del infortunado Blas, quien, inconsolable en un principio y resignado despues, acabó por habituarse á vivir lejos de su hijo y empezó á considerarse feliz por la centésima vez en su vida. Ya se le veía sonreír alguna vez, y más de una, al ser interrogado con amorosa solicitud por su hija, exclamaba:

—Estoy contento, hija mia, estoy contento. Veo satisfechas mis aspiraciones, que se reducen á verte tan honrada y tan cariñosa para con tu padre. La falta de noticias de tu hermano, me sobresalta algunas horas, pero confío en que Dios no le abandonará y le devolverá bueno y sano á nuestro cariño. Por lo demás, ya te digo que estoy contento, más que por otra cosa, porque es tan pequeña y tan insignificante mi felicidad, que de seguro ha de esconderse á las miradas del destino, y éste no podrá arrebatármela.

¡Cuán equivocado vivía el pobre viejo! ¿Qué ajeno estaba, al pronunciar estas frases, de que una nueva decepcion, un nuevo y terrible desengaño habia de arrancarle muy en breve aún aquella mezquina felicidad que disfrutaba!

La jóven fué seducida y deshonrada por el hijo de su señor. Falsos juramentos, reiteradas promesas de sacarla y sacar á su padre, mediante un concertado matrimonio, de la miseria en que vivían; la inexperiencia de la jóven, su amor filial, la edad de las pasiones, la naturaleza misma, con esas galas y esos perfumes que deslumbran y marean, todo, todo fué red en que se dejó aprisionar la pobre niña.

Despues... despues, ella se sintió madre, pidió á su amante el cumplimiento de sus repetidas promesas, le fué negado redondamente, supose todo, y el idilio terminó en tragedia: la jóven se volvió loca; y el anciano se encontró sin su hija, sin casa, sin pan, sin nada más que una vida para sentir todo el terrible peso de su desgracia.

IX

Solo, desamparado, inútil para vengar su afrenta, y sin fuerzas para soportar sus desventuras, al pobre viejo se le hizo la vida una carga irresistible y odiosa, y forjó la idea de dejarse morir de hambre. Salió al campo y, tendido al lado de un camino, aguardó la muerte entre los delirios de la calentura. Así pasó toda la noche y todo el siguiente día, sin que variase de resolucion.

Caía la tarde: el sol se ocultaba lentamente tras los montes lejanos, y Blas le miró, como quien no habia de volver á verle.

Las fuertes brisas del otoño azotaban con sus soplos desapacibles el sudoroso rostro del inmóvil anciano, y amontonaban sobre él las hojas secas de los árboles y el polvo de los caminos, como si, secundando la crueldad de los hombres, quisiesen enterrarle vivo.

De pronto, Blas se incorporó cuanto se lo permitía su estado de postracion: habia visto venir hácia el pueblo á un soldado que, con su mochila á la espalda y un canuto de hoja de lata colgado al cuello, avanzaba cantando alegremente:

—Ya he cumplido con mi rey,
Y aquí traigo la licencia;
Voy á cumplir con mi padre,
Que es mi Dios sobre la tierra.

—¡Hijo mío!—balbuceó el tío Blas, extendiendo sus brazos trémulos hácia el soldado.

Pero éste no era su hijo.

Tambien Pedro vendria dentro de algun tiempo, quizás cantando la misma copla. Esta idea cruzó con la celeridad del rayo por la mente del viejo, y

—¡Quiero vivir!—exclamó, concentrando en esta frase toda la energía de su alma.

El soldado levantó al tío Blas é hízole tomar un trago de vino, con el cual, algo reanimado, pudo volver al pueblo.

Desde entonces pidió limosna de puerta en puerta, y, cuando la caridad de los hombres—que nunca es mucha—le hacía, en las frias noches del invierno, acurrucarse aterido y con hambre bajo su pedazo de manta vieja, pensaba en la caridad de Dios, que le concedería la felicidad de abrazar á su hijo ántes de morir.

—Ya ves, Dios mío, con qué poco me contento,—decía llorando.—Quiero seguir pasando hambre y frio, abrazar á mi hijo, y morirme luégo.

Ni esta mezquina dicha habia de alcanzar el pobre viejo. Anteayer ha sabido que su hijo ha muerto, y desde entonces hasta ayer, momentos ántes de morir, no ha cesado de pedir á Dios que le quitara la poca vida que podia restarle. Dios ha sido clemente y misericordioso y ha concedido al tío Blas esa dicha, que, siendo la última, ha sido quizás la primera que ha disfrutado completa.

X

Así acabó el mendigo la historia del tío Blas.

El sol habia hundido su disco en el ocaso, y la luz indecisa del crepúsculo bañaba el flaco y venerable rostro del cadáver de aquel anciano.

Yo contemplaba en silencio aquel cuerpo inerte, cárcel en donde por tanto tiempo habia gemido un alma que ya se veía libre de sus pesadas cadenas, y, mientras el sepulturero se acercaba con lentos pasos para dar eterno lecho á la materia, pensaba yo... no sé á punto fijo lo que pensaba, pero era algo parecido á esto:

«¡Sísifo ha logrado depositar la gran piedra en la cima de la montaña!»

Marzo, 1878.

F. RODRIGUEZ MARIN.

SUMARIO

TEXTO.—Revista quincenal, por El Dómine Lucas.—Relaciones entre el teatro clásico y el romántico (continuacion), por D. Eloy García Valero.—Educacion de la mujer (conclusion), por D. Isabel Cheix.—La Empresa, poesia, por D. Carlos Peñaranda.—Sísifo (historia vulgar), (conclusion), por D. Francisco Rodríguez Marin.

ILUSTRACIONES.—Una calle de Padron, dibujo de D. Emilio Sanchez Perrier (copia de D. Baldomero Tovar).—Los Alfileres (cercanías de Camas) al amanecer, dedicado por su autor al Excmo. Sr. D. José M. Asensio y Toledo.